

EX4700
Tomada según

VIDA

DE LA

BIENAVENTURADA VIRGEN LIDUVINA,

MODELO DE ENFERMOS,

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL ABATE COUDURIER.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

Por una Religiosa de la Enseñanza,

**Bajo la inspección del Pbro. Gabino Chávez,
cuidadosamente corregida,
anotada y precedida de un prólogo por el mismo.**



QUERÉTARO.

LUCIANO FRIAS Y SOTO, IMPRESOR.

Flor-baja número 12.

—
1898.

APROBACIÓN DE LA EDICIÓN FRANCESA.

La narración que se nos ha hecho, acerca de la Vida de la Bienaventurada Liduvina, escrita por el Abate Coudurier, Capellán de la Escuela Normal del Ain y de las Incurables, declara que esta obra está tomada de las fuentes más auténticas, y que estando llena de edificación y de interés será muy útil su lectura, no sólo á las personas enfermas y de flaca salud, sino aún á todas las que anima el sentimiento del amor de Dios y el amor de las almas.

Nós, la aprobamos por las presentes y la recomendamos á todos los fieles.

Dado en nuestra Visita Pastoral en Lélex, el lunes Santo, 14 de Abril de 1862.

✠ *Pedro Enrique, Obispo de Belley.*

APROBACIÓN DE LA TRADUCCIÓN CASTELLANA.

Constándonos como nos consta, que la «*Vida de la Bienaventurada Liduvina*», escrita en Francés por el Abate Coudurier, ha sido traducida bajo la inmediata inspección del Presbítero D. Gabino Chávez, quien la ha corregido con todo esmero, damos voluntariamente la aprobación que se solicita para publicarla, y junta con la Novena que lleva al calce, la aprobamos y recomendamos á los fieles de nuestra Diócesis.

León, Noviembre 1º de 1897.

Tomás Barón, Obispo de León.

Mateo Alcaráz, Oficial Mayor.

AL LECTOR.

UANDO en el año de 1881 publicábamos la hermosa vida de San Estanislao de Kostka, ya decíamos, que una de las lecturas más útiles, más provechosas y más sólidas que pueden hacer los fieles, es la de la vida de los Santos; que produciendo primores la Francia en este género, pocas de esas publicaciones pasaban á nuestro idioma, por lo cual habíamos querido traducir la Vida de San Estanislao, bella, simpática, atractiva, é impregnada de una unción maravillosa que penetrando dulcemente el alma del lector le conmueve, le encanta y le mejora. Desgraciadamente, la impresión, hecha en los forros de otra obra en suscripción, salió descuidadísima, hirviendo en erratas y gozando de muy escasa circulación.

En el año de 1890, pudimos también dar á luz la vida de Santa Rosa de Lima, Patrona de la América; y con esa ocasión, escribimos en el prólogo: «Si es siempre interesante y provechosa la

lectura de la vida de los Santos, cuánto más útil y ventajosa será la de una Santa tan simpática, tan vecina á nosotros por las mismas ó muy semejantes costumbres, por el uso de nuestro mismo idioma, y por haberse santificado en medio del mundo y en el estado de la pobreza, sin pertenecer á ningún monasterio ni clausura, pudiendo así, ser el modelo de tantas jóvenes que aspiran por consagrarse á Dios enteramente, sin querer ó sin poder abandonar su lugar ni el mundo en donde viven?» Y poco después, añadimos: «¿Quién mejor que nuestra Santa, puede servir de modelo á las Hijas de María, en el respeto á los templos, en el culto á la divina Eucaristía, en el despego de lo terreno y en el amor á su propia santificación? ¡Ojalá, termináramos, y este libro, volando por todas partes, ayude á combatir al espíritu del mal, horriblemente desencadenado en nuestros días, y á santificar á las jóvenes cristianas.»

Ni hemos cambiado de modo de pensar en los años subsecuentes; antes hemos publicado la preciosa vida de una Santita, escrita en francés por Monseñor de Segur, de la que se han hecho varias ediciones, y hemos colocado en el «Amigo de las Niñas Católicas,» tanto esta última vida repartida en lecciones, como la pequeña vida que es como un relámpago de luz y de amor, de la Bienaventurada Imelda Lambertini, que espiró de seráficos ardores al hacer su primera comunión.

Ahora bien; después de estas cuatro narraciones de la historia de los Santos, hoy emprende-

mos la publicación de la quinta, la célebre virgen holandesa de Schiedam, la enferma de treinta y ocho años, de quien hace tan honorífica mención San Alfonso María de Liguorio al hablar á su Monja Santa de la paciencia en las enfermedades, citando á Surio quien asegura que jamás se quejó la dulce virgen abrumada por cerca de cuarenta años con las más terribles enfermedades.

El Señor León XIII, en una de sus bellas Encíclicas acerca del Santo Rosario, ha hecho notar, que una de las profundas llagas de nuestro siglo, es el amor exagerado de los goces de la vida, el sensualismo más ignominioso, en oposición con el espíritu de cruz y abnegación que forman como el fondo del cristianismo. De allí es que se huye del padecer con un horror que llamaríamos pagano; las penas inevitables de este destierro exacerbaban los ánimos; y aun muchos cortan con el hilo de la vida estas penas fugitivas que no quieren sufrir, para lanzarse de un salto al golfo de los eternos tormentos, ó ir á habitar entre el fuego que no se apaga y el gusano que no muere.

El sabio Pontífice asigna muy prudentemente como remedio á ese mal, la práctica de los Misterios dolorosos del Rosario; pues el contacto con los dolores del Salvador, nos enseñará á despreciar los goces terrenos, y á comprender y á amar la cruz de Jesucristo. Nosotros pensamos, que después de las huellas del Señor y aún precisamente para poder marchar tras ellas, debemos empezar por imitar las virtudes de los Santos. A nuestra dulce virgen quiso Dios enseñarle el camino de

la paciencia, mandándole un piadoso sacerdote que la instruyese en la meditación de la Pasión, y la exhortase firmemente á emprenderla; y ese fué, como se verá en esta historia, el principio de su heroico sufrimiento y como el núcleo de su ele vada santidad.

Creemos, pues, arrojar un germen de vida y de virtudes, al poner en circulación esta vida admirable: las personas afligidas encontrarán en ella sólidos consuelos; los enfermos, y sobre todo, los enfermos de largas y penosas dolencias, se alentarán en medio de sus males y aprenderán la gran ciencia de conformarse con el divino beneplácito; las personas que cuidan enfermos, hallarán también para sí y para sus pobres pacientes, muy saludables enseñanzas; las Socias de la Caridad, derramadas por todo nuestro suelo en sustitución de las inolvidables Hermanas, gozarán con este libro de provechosisima lectura, y por fin, todas las almas deseosas de su perfección tendrán en la virgen de Schiedam un modelo precioso de todas las virtudes que imitar, con una Novena que hemos añadido para implorar la protección de la Bienaventurada Liduvina.

El Abate Coudurier gasta veinte páginas de Introducción en hacer la apología de lo sobrenatural en la vida de los Santos; mas dichosamente nosotros no nos dirigimos á lectores que necesiten semejantes apologías. Dá razón, también de las fuentes á donde acudió para escribir su historia. El primer escritor, Juan Gerlach, pariente de la virgen y que vivió largo tiempo en su misma

casa. El segundo, fué Juan Brugman de los Frailes Menores de la Observancia, sabio religioso que escribió á petición de la Villa de Schiedam que le encomendó este trabajo. Y finalmente Tomás de Kempis, que nacido el mismo año que Liduvina, murió, treinta y ocho años después de ella, pasando en Holanda setenta años de su larga vida, no lejos del teatro de los sufrimientos de la humilde doncella. *No puede haber fuentes más autorizadas.*

Por fin, queremos terminar con las mismas palabras con que el Abate Coudurier concluye su Introducción, hablando *con su mismo libro*. «Vuela ya pues, ahora pobre libro mio, vuela sin vacilación y sin miedo, puesto que tienes á la verdad por guía; vuela veloz á dó te envían mis votos! No me traigas aplausos, que ni los busco ni los quiero. Toda la ambición que me atrevo á fundar en tí, se cifra en que tú lleves algunas gotas de consuelo al afligido.

Vé, pues, á la cabecera del enfermo, llega á confortar su alma y á consolar sus dolores; cuéntale las santas glorificaciones de la cruz, y las divinas delicias del padecer; entreabre delante de él tu cielo lleno de luz y de éxtasis y de infinitos arrobamientos; muéstrale á Jesucristo, su dulce Maestro cómo le mira y le sonrié; á María que le alienta y le anima, siempre en pie junto á El como allá en el Calvario, con su corazón de madre; muéstrale á los Santos, sus dichosos hermanos, que para excitarlo le enseñan sus brillantes coronas, y á los ángeles sus amigos celestes que van

recogiendo sus abundantes méritos para formarle un eterno tesoro!

¡Sí, libro mio! anda, vuela, y si alguna de tus páginas enjuga una lágrima, si alguna de tus narraciones endulza una pena, y conforta una alma, una siquiera, ¡bendito seas libro mio, porque mi regocijo sería delicioso y magnífica mi recompensa!»

Irapuato, 26 de Noviembre de 1897.

Gabino Chávez, Pbro.

Vida de la bienaventurada Liduvina.

CAPITULO I.

NACIMIENTO DE LA NIÑA.

Una familia pobre y dichosa.—El venerable abuelo.—La Misa del Domingo de Ramos.—Liduvina.—Fiesta bautismal.—Triste y glorioso presagio.

HACIA el fin del siglo XIV, en una pequeña ciudad de la Holanda meridional, casi sobre las agradables riberas del Musa, y no muy distante del lugar en donde este rio se pierde en el mar del Norte, en Squidam, vivian dos esposos, Pedro y Petronila, entrambos muy apreciados de sus conciudadanos.

Pedro y Petronila eran nobles; el primero contaba entre sus abuelos algunos nombres célebres; pues algunos de sus antepasados habían portado valientemente la espada. Mas á esta nobleza de la sangre se unía en los dos esposos otra nobleza mucho más augusta; decaídos del esplendor de sus familias, habían comprendido la nobleza de la pobreza, de una pobreza dignamente aceptada, y santamente glorificada por el trabajo y por la piedad, es decir, de una pobreza sinceramente cristiana.

Y en verdad, los dos esposos eran muy pobres, tan pobres que todos sus bienes consistían en una peque-

fia casa, y ellos y los cuatro hijos que Dios hasta entonces les había dado, subsistían de un rudo y constante trabajo. Mas en cambio, juntos oraban, esperaban y con toda su alma amaban á Dios; le bendecían y observaban lo mejor que podían sus adorables mandamientos, encontrando aun en su indigencia el secreto de hacer en su nombre algún bien en torno suyo. Y es preciso confesarlo: tal vida por humilde que parezca, es simplemente la grandeza de alma, sobre todo delante de Dios, es la santidad, y por consiguiente es siempre la dicha.

Por lo demás, nadie se admiraba de esta piedad, pues se sabía en Squidam, que la virtud era hereditaria en esta familia patriarcal, que la piedad se encontraba allí en todas las edades como una tradición siempre viviente, y como un patrimonio para siempre inalienable. Así es que durante largos años en la pequeña ciudad todos habían conocido y amado á un venerable anciano, padre de Pedro. Buen anciano en verdad! Todos gustaban verle cuando pasaban por la calle con su corona de cabellos blancos, con su rostro tan grave y al mismo tiempo tan dulce, y con sus noventa años! Sobre todo se le admiraba cuando se pensaba en su vida íntima, pues este anciano más que octogenario, hacía más de cuarenta años que observaba la más rigurosa abstinencia; ayunaba tres días á la semana, y los sábados á pan y agua. En la Iglesia era muy edificante, ya sea que se le viese en su pobre asiento recogido en una oración siempre prolongada, ó ya asistiendo al adorable sacrificio, ó sea que viniese á arrodillarse al tribunal sagrado de la penitencia, ó que se presentase á la santa mesa á donde gustaba tanto llegar muchas veces, por todas partes aparecía como transfigurado por el amor, y habríase dicho que

era ya un habitante de la ciudad eterna. Así, los más piadosos le tenían envidia y todo el pueblo le veneraba como á un santo.

Tal era la familia en cuyo interior vamos á penetrar. Parecía que Dios la había escogido para algún gran designio, ó mas bien que su Majestad se preparaba á recompensar su fidelidad; porque en esta familia, bajo ese pobre techo, iban á cumplirse grandes maravillas. . . . y el momento de ello había llegado.

Un día, Petronila, queriendo asistir á los divinos Misterios, se fué á la Iglesia, y esto pasaba en un domingo, el domingo de Ramos del año de salud de 1380. La pobre mujer andaba con gran trabajo, y aunque no creía su hora aún llegada, pensaba en su próximo alumbramiento y estaba triste, pues los cuatro hijos que había tenido le habían costado largas é increíbles torturas, y aún su vida cada vez se había visto en gran peligro, y este doloroso recuerdo muchas veces venía á llenarla de horror! Y entonces, con qué fervor pedía á Dios, que en todo era su refugio y su esperanza, que la hiciese esta vez más dichosa, y que tuviese compasión de ella y de sus hijos.

Al llegar á la Iglesia, había ocupado su lugar acostumbrado. Ya comenzaba el canto del Evangelio. . . . Repentinamente se levanta, sale del templo, vuelve á su casa. . . . y un instante después una hija le había nacido. Gloria á Dios! Su Majestad se había mostrado bueno! Nada de peligros, casi nada de dolores. Esta vez no hubo más que gozo, un gozo inmenso en la pobre casa! Y algunas horas más tarde, la niña era llevada al templo del Señor, y el agua del bautismo regeneraba su alma, poniéndosele el nombre de Liduvina. Era un ángel de bendición que la tierra acababa de recibir del cielo. Más ay de mí! apenas estaban

de vuelta en la casa, cuando toda esta fiesta bautismal se miraba turbada; una triste revelación acababa de hacerse y el dolor se había deslizado en esta cuna aun tan reciente, la inocente criatura parecía entregada á un horroroso martirio, pues se la veía, dicen sus historiadores contemporáneos, estremecerse en sus mantillas como si estuviera bajo de garras de hierro. ¿Cuál sería este mal misterioso? ¿de dónde venían esas torturas cuyo espectáculo espantaba? La pobre niña daba unos gritos que desgarraban el alma. Todos lloraban en torno suyo, y se preguntaban, ¿qué quieren decir esos precoces tormentos? esta niña será una tierna víctima? ella será quien deberá beber el caliz, perdonado á su madre? ella será quien debe sufrir los dolores que á esta le han faltado?

Sin duda nunca conviene apresurarnos á atribuir á un accidente, á una palabra, á una coincidencia, tal ó cual significación que esas particularidades las más veces están lejos de tener; mas hay á veces en ese accidente ó aun en ese simple nombre algo de misterioso, cierta especie de secreto inefable que nos vemos tentados á sondear, presintiendo como la revelación de todo un destino! Es extraño, ó mas bien providencial, y no queremos dejar de observarlo, cómo Dios ha querido mostrar sus designios desde el primer día en nuestra niña.

Liduvina viene al mundo el domingo de Ramos, en el día mismo en que la Iglesia nos hace la narración de los dolores de Cristo, y en el momento preciso en que se está cantando en la misa parroquial la lamentable historia de la pasión de un Dios. ¿No venía á ser esto como una profecía, y como el presagio de esta vida que no debía ser mas que un dilatado viage por el camino sangriento del Calvario?

Y ese nombre que se le pone, esa palabra Liduvina que en lengua germánica quiere decir *paciencia sin límites*, palabra elocuente que manifestaba tan bien toda la futura grandeza de nuestra santa; ¿no diríamos que es Dios mismo quien le ha dictado á sus padres para hacer brillar sus designios, como fué Dios mismo quien en otro tiempo por medio de su ángel llamaba *Juan*, es decir *gracia*, al santo precursor del Autor eterno de toda gracia, ó quien daba á la que debía ser la Madre Inmaculada del Redentor de los hombres el nombre de *María*, ese nombre inenarrable rico de tautos tesoros, y que explica tan maravillosamente su gloria y su martirio, sus abatimientos y su soberanía?

Pues he aquí esta niña que sufre ya y que sufre en cierto modo milagrosamente, al lado, ó mas bien podemos decir, en lugar de su madre, milagrosamente libertada. Y desde luego nos aparece marcada para ser de allí en adelante como una víctima de propiciación.

Como quiera que sea, y si no hay un presagio divino en ese canto de la pasión, y en ese nombre dado en el bautismo, en esas primeras torturas de la cuna; digámoslo no obstante: dolor, paciencia, inmolación, he aquí el fondo, (como veremos bien pronto,) de toda la existencia de nuestra santa; tal es el resumen de su misteriosa vida.

¡Cuántos misterios ocultos en una cuna!
¡Cuántas obligaciones encerradas en nuestro bautismo! Obligaciones dolorosas, en verdad, pero misterios de gloria si somos fieles á lo que Dios nos pide!

CAPITULO II.

INFANCIA DE LA NIÑA.

Una madre cristiana.—Progresos de Liduvina.—Su piedad para con la Santísima Virgen.—Milagro de una imagen de María y veneración que inspiraba.

LIDUVINA comenzaba á erocer, y era como la rosa que crece en medio de las espinas. A pesar de los dolores que habían invadido su cuna, ya se desarrollaban en ella las gracias de la niñez, esas gracias infantiles, que son reflejo de una alma serena como un bello cielo, gracias que siempre tienen tantos encantos y que por lo mismo ocultan muchas veces tantos peligros, que el amor de los padres puede dejarse deslumbrar con ellos, y su vanidad ciega puede echar á perder tan preciosos tesoros! Mas ya se habrá comprendido, que los padres de Liduvina, tan fieles en el cumplimiento de sus obligaciones, se guardarían bien de descuidar el más serio y el más decisivo de los deberes de la paternidad, que es el de la primera educación de sus hijos.

Apenas el alma inocente de la niña comenzaba á entreabrirse, cuando su dichosa madre considerando el alma de su hija como un santuario en el que quería hacer descender á Dios y elevarle un trono, iba dulcemente, poco á poco y como gota á gota haciendo penetrar en ella la luz de la fe y vertiendo el aroma de la piedad.

Esto era para la piadosa mujer una cosa sencilla y muy facil. Entregada toda á las exigencias de un tra-

bajo incesante, no tenía tiempo para conversaciones inútiles; mas tratándose del deber para con sus hijos y con su pequeña Liduvina, sabía siempre encontrar tiempo á propósito. Aunque no tenía ni lo que llamamos talento ni ciencia, pues que era una obscura y humilde mujer, más como cristiana y como madre, contaba con su fé y con su corazón que era lo que bastaba para su hija. La tomaba sobre sus rodillas y á través de sus besos maternales, en ese lenguaje infantil tan gracioso, tan elocuente que las madres saben tan bien, le hablaba del Dios que tanto ha amado á los hombres, y á quien los hombres por todas partes llaman el Buen Dios.

La vista de un árbol, de una planta, de una flor, de una fruta, del arroyo que corría en la pradera, de la avecilla que gozosa cantaba en los aires, ó de la estrella que brillaba en el firmamento, ó bien de la imagen tosca y ahumada que colgaba en la pared, ó más bien del Crucifijo que adornaba la chimenea, todo era para ella un libro que le abría y le explicaba, y en el cual la niña iba aprendiendo á leer las maravillas de la sabiduría, del poder ó de la bondad de Dios, un libro sobre todo, del que hacía brotar admirables lecciones de reconocimiento y de fidelidad.

Con semejante educación la niña menos dispuesta se hubiera hecho piadosa; Liduvina se volvió un angelito. Su espíritu se iluminaba con las verdades de la fé que aprendía y casi adivinaba, y al mismo tiempo su corazón se abrazaba en amor. Nada tan conmovedor como este fervor en la tierna niña! Sus padres y hermanos admirábanse, cuando en la oración de la tarde que siempre se hacía en familia, la veían arrodillada en medio de ellos, orando con ellos y por ellos, con sus dos manitas juntas y su dulce mirada vuelta

con amor hacia el cielo. Todos la miraban entonces con tanta emoción como respeto.

Echábase de ver sobre todo en esta piedad de la niña un rasgo más notable, y era su devoción para con la Santísima Virgen, Petronila con su fé y su razón había mirado siempre esta devoción como propia de las almas predestinadas, como una de las más saludables influencias que el soplo de una madre puede hacer desarrollar en el alma de su hija; y por eso había empleado un celo ardiente en inspirar este amor á Liduvina, y Dios lo había bendecido, porque la niña amaba y servía admirablemente á la Santísima Virgen!

Las oraciones, las imágenes, las solemnidades, los altares y todo cuanto hablaba de María, todo cuanto tocaba al amor de María, era para la niña Liduvina un placer y una dicha!

Había en Squidam, en una capilla de la Iglesia parroquial de San Juan Bautista, cierta imagen milagrosa de la Santísima Virgen cuyo origen conviene digamos aquí, ya sea porque la devoción á tan venerable imagen ejerció inmensa acción en toda la vida de nuestra santa, ya sea porque los historiadores á quienes seguimos, todos están acordes en mirar el prodigio que había traído esta imagen al lugar, como la preparación de tantas incomprensibles maravillas que debían más tarde bajo la mirada y por la intervención de María, glorificar á la humilde niña de la cual referimos en este momento la primera infancia y la sencilla piedad.

Poco tiempo antes del nacimiento de Liduvina, en un caluroso día del mes de Agosto, un extranjero había llegado á Squidam trayendo una hermosa imagen de madera, de la Santísima Virgen, y se le había visto dirigirse á toda prisa al puerto para hablar con el ca-

pitán de un navio que estaba para partir, después subir al navio, depositar con cuidado su preciosa carga, instalarse él mismo y esperar la hora de la partida. El viagero se dirigía á Anvers á cuya ciudad las fiestas de la Asunción atraían cada año un inmenso concurso, y allá se proponía poner en venta la piadosa imagen en la cual se había esmerado por hacer lucir todo su talento con toda su fé.

Bien pronto, en efecto, se dá la señal de partir. Levántase el áncora, las velas se desplegan al viento, y los marineros se hallan en la maniobra . . . más, cosa extraña! la nave no se mueve! Por un instante el capitán cree que á la ineptitud de esos hombres debe atribuirse esa inmovilidad: su voz resuena en medio de ellos estridente é imperiosa; mas en vano los estimula, en vano el equipaje entero se une en un supremo esfuerzo . . . Inconcebible inmovilidad! la nave permanece en su lugar, inquebrantable como una roca de granito en medio de las olas!

Era este en verdad, un espectáculo singular.

En la ribera, hombres, mujeres, marineros y simples paisanos, casi todo el pueblo había acudido, y al principio se oían algunos gritos gozosos! en seguida risas burlescas! algunas injurias y picantes palabras lanzadas á los desgraciados marineros! Mas bien pronto á todo ese tumulto, sucede el silencio. Cuando vieron á esos hombres robustos, con la frente bañada en sudor, haciendo increíbles esfuerzos durante una hora sin poder imprimir el menor movimiento á aquel navio hasta entonces tan facil de manejar, el espanto se apoderó de todos los corazones y todos comprendieron que se verificaba allí un prodigio; los mismos marineros, ya casi sin fuerzas y desesperados no encuentran otra explicación de su impotencia. "Por San Willi-

brordo, exclama repentinamente uno de ellos, mostrando con el dedo la imagen de María, en verdad yo creo que es nuestra Señora y Reina la que rehusa alejarse de Squidam! Estas palabras llamaron la atención; acércanse á la imagen, examínanla y la admiran; uno de los marineros se inclina para levantarla, mas dos y tres veces lo intentan sin lograrlo, acude el escultor, júntanse hasta veinte hombres, y todos sus esfuerzos son impotentes! la admirable imagen queda inmóvil lo mismo que el navio!

Entonces pasó una escena indescriptible: «Milagro! milagro!» gritan á la vez tanto los marineros que se agitan en el puente de la nave como la multitud que agrupada á dos pasos, desde la orilla todo lo ha visto y comprendido. Milagro! sí! sí! es María nuestra Reina que quiere permanecer en medio de nosotros. La emoción llega á su colmo, la alegría, la fé, el reconocimiento, el amor, y todos los mejores sentimientos embriagan á la multitud. Los marineros declaran que no tocarán á un remo mientras la santa imagen estuviera dentro de la nave. «Dios nos guarde! dicen, nos expondríamos á la ira de nuestra celestial soberana, que ha manifestado tan claramente su voluntad!» Por su parte la multitud, ó más bien todo el pueblo de Squidam que había llegado á la playa, reclama del escultor á grandes gritos la maravillosa imagen: «Nosotros la queremos! nosotros la necesitamos! os daremos todo el dinero que exijais, pero queremos que la imagen quede con nosotros!»

¿Qué podía hacer el escultor? Trastornado, conmovido á vista del prodigio incontestable, del cual su obra es objeto, pálido y temblando de emoción, consiente en todo, y por obedecer á los gritos que le llaman, se acerca á la imagen hecha milagrosamente tan

pesada, se inclina, y ¡oh nueva maravilla!... como lo haría un niño con una pluma, la toma en sus brazos, y con paso ligero la lleva á la ribera, donde apenas ha puesto el pie cuando la nave, como por sí misma se aleja balanceándose sobre las olas, y gana magistrosamente el alta mar con inmensos aplausos del pueblo, que saluda con todo el transporte de su fé al navio que se va y á la milagrosa imagen que le viene!

Inmediatamente comienza una de esas admirables fiestas que el arranque popular sabe tan bien improvisar. Una procesión se forma y la imagen de María es llevada en triunfo; y el pueblo, las personas notables, los sacerdotes, todos le hacen cortejo aclamándola con los cánticos más entusiastas; incomparable es la ovación hasta la Iglesia parroquial, en donde un lugar de honor se le prepara desde luego.

Desde entonces se tiene una tierna y sincera devoción á esta imagen y se instituyó en su honor una cofradía cuyos miembros debían esforzarse en dar el ejemplo de las más altas virtudes, establecióse la práctica de acudir todas las tardes á cantar las letanías de María, ó la Salve Regina, ó algún otro cántico compuesto en su honor!

¿Qué necesidad hay ahora de decirlo? bajo la inspiración de ese recuerdo aún reciente, y de esta devoción popular aun llena de vida, á la narración del maravilloso prodigio que mil veces sin duda le haría su piadosa madre, el alma de Liduvina ya tan bien dispuesta, se fortificaba más y más, y su infancia se desarrollaba admirablemente en el amor de María, en la fidelidad á su culto, y en particular en una tierna veneración para con la imagen que la Reina del cielo se había complacido en glorificar.

Así, cerca de esta imagen y en la capilla, enrique-

eida con tal tesoro, complaciase en ir á orar; allí era donde se iba formando su verdadera educación; en este santuario, y delante de esta imagen bendita, bajo la mirada de la Virgen de las vírgenes y al soplo fecundo de su ternura de madre, era donde el corazón de la tierna niña se empapaba en la piedad antes de ensancharse, allí se iba formando dulcemente en el fervor ese gérmen de santidad que la fidelidad á la gracia debía mas tarde desarrollar tan maravillosamente.

¿No es verdad que en los primeros años, nosotros también amábamos con todo nuestro corazón á la Santísima Virgen? Cuán buenos seríamos si hubiésemos sido, ó si nos esforzásemos en ser más fieles á ese primer amor y á esa primera gracia!

CAPITULO III.

INFANCIA Y ADOLESCENCIA.

Piadosa industria de la niña Liduvina para satisfacer su devoción á la Santísima Virgen.—La Santísima Virgen le sonríe.—Cómo piensan y hablan las mujeres mundanas.—Lo que responde una virgen cristiana.—Mérito apreciado.—Liduvina no quiere otro Esposo que á Jesús.

Es cierto que la amable niña no podía ir tantas veces como deseaba á orar en el santuario que guardaba todas sus predilecciones; pero aunque de tan corta

edad, ya desde entonces hacía en la casa, bajo la dirección de su madre, todo el trabajo que hubiera hecho una criada, y sus menores instantes estaban ocupados. Mas en cambio, Liduvina espiaba y hasta en sus mismas ocupaciones sabía admirablemente encontrar la ocasión de satisfacer su piedad. Todos los días á cierta horas, debía llevar la comida á sus dos hermanos pequeños que frecuentaban la escuela; y á su padre y hermanos mayores que trabajaban en los campos, es decir, tenía que pasar varias veces por delante de su amada capilla. Ay! entonces era cuando formaba su plan con infantil astucia. Llegaba la hora, y con su cestito al brazo, se ponía en camino..... mas daba gusto verla! Andaba aprisa, muy aprisa, lo mas aprisa que le era posible; no había ni amiga que pudiese detenerla, ni diversión que lograra cautivarla, pues no quería otra cosa que ganar tiempo, y con el tiempo ganado concordar la obediencia á su madre con su devoción á la Santísima Virgen; y de esta manera, sin faltar á sus deberes, tanto de ida como de vuelta, siempre entraba á la iglesia, en la cual era verdaderamente de admirar, pues profundamente recogida como un ángel, con el mas tierno fervor decía y repetía la dulce Ave María, que era su oración favorita; y después, juntando la acción con las palabras, en pie delante de la imagen de la Virgen, y mirándola como si María en persona hubiese estado delante de ella, con gracia infantil la saludaba con un aire de indefinible ternura y salía de la capilla..... Santa familiaridad, piedad ingenua, que debían agrandar singularmente á la Reina de las vírgenes, y que le agradaron en efecto, porque bien pronto tuvieron su recompensa; ved aquí de que manera:

Un día,—Liduvina tenía entonces siete años,—vol-